

ALCANCE Y SIGNIFICADO DE LA ESCUELA MODERNA EN EL PAIS VALENCIANO

LUIS M. LAZARO LORENTE

El movimiento político-cultural que vertebraba la opción escolar racionalista, plasmada a través de las Escuelas Modernas, opera para su implantación en un marco histórico configurado por una serie de problemas que lo determinan, definen y, también, limitan. Hay que destacar como más significativos de entre ellos los siguientes.

En primer lugar, las notorias insuficiencias y las llamativas contradicciones del sistema educativo en su vertiente pública a la hora de acometer su tarea educadora. Notas que podemos fijar en tres aspectos. La insuficiencia de la oferta de plazas escolares derivada del menguado número de escuelas existentes, incumpliendo de forma sistemática todo lo preceptuado por la ley Moyano en ese aspecto concreto. La iniciativa privada, sobre todo en las ciudades, paliará en cierta medida ese déficit de la oferta de escuelas. Un sólo dato sobre esta situación resulta más que elocuente. En el curso escolar de 1907-08, la ciudad de Alicante debía tener un total de 58 escuelas públicas de niños y niñas de acuerdo a las disposiciones legales de 1857, y tenía en realidad 33: sólo sumándole las de párvulos y las privadas podía alcanzar las 65. Castellón necesitaba 32 escuelas para salvar el mínimo legal, contando en la práctica con 30, que llegan a 48 añadiéndoles las privadas. Y la ciudad de Valencia, frente a las 242 que estaba obligada a mantener tan sólo contaba con 97, 123 si se consideraban las privadas asimilables a públicas (1). Un segundo aspecto estrechamente relacionado con este último es el ilusorio cumplimiento de la enseñanza obligatoria que desde 1857 estaba determinada entre los 6 y los 9 años y a partir de 1900 ampliada hasta los 12. Si faltaban escuelas y plazas escolares con dificultad podía conseguirse la total escolarización en la etapa obligatoria; pero existía además otro doble problema. Nos referimos a las actitudes populares de indiferencia y, en mucha menor medida, de rechazo hacia esa obligatoriedad; y a la realidad que imponía como de absoluta necesidad contar las familias con la ayuda económica del trabajo de los niños y niñas en edad escolar para poder subsistir. Con ese panorama resultaba inviable una verdadera y generalizada escolarización. El tercer y último aspecto hace referencia a la calidad de la educación que se daba dentro de esa escasa oferta escolar. Calidad muy baja por lo general. Empezando por las condiciones materiales e higiénicas de los locales-escuela: pequeños, oscuros, mal ventilados, insalubres y pocas veces construidos para servir como centros de enseñanza. Continuando por el tema de las ratios profesor-alumno altas, pero sobre todo con el problema de trabajar los maestros y maestras en escuelas unitarias sin graduación alguna, que sólo a partir de 1910 empieza a cambiar pero de manera muy limitada. El del mobiliario escolar y el material didáctico, las más de las veces escaso y obsoleto. Y terminando con el resultado lógico: una enseñanza de baja calidad, a pesar de los esfuerzos de una buena parte del profesorado, que a duras penas cumple su papel escolarizador en los saberes elementales, para ser, en el mejor de los casos, las escuelas centros alfabetizadores de dudosa eficacia. En esta perspectiva ahora dibujada, la actuación de

la iniciativa privada era bien recibida, claro está, siempre que sus objetivos fuesen funcionales con los diseñados desde el poder; cosa que no sucedía en el caso de las alternativas laico-racionalistas. Por lo que respecta al condicionante que supone la actitud de indiferencia hacia la educación entre la clase obrera y las capas populares, la burguesía trata de vencerla con una inoperante acción represora centrada en las multas a los padres que determinaba la Ley Moyano. Los grupos que apoyan la alternativa racionalista, presentándola como arma de transformación social.

En segundo lugar, la permanente debilidad financiera del propio movimiento escolar racionalista. No sería esta una característica aplicable a la escuela de Ferrer Guardia en Barcelona, tampoco a la Escuela Moderna de Valencia hasta 1913-14, pero muchas de las escuelas racionalistas sí tenían que afrontar ese tipo de problemas, máxime si además las cuotas escolares tendían a ser moderadas. Evidentemente no todos los centros podían contar con la ayuda económica del propio Ferrer Guardia —y menos aún después de su fusilamiento— caso de algunas escuelas racionalistas catalanas, o con la de los republicanos, vía subvenciones municipales sobre todo, caso de la Escuela Moderna de Valencia. La inestabilidad que esta situación transmitía a los proyectos educativos era muy negativa, caracterizando la movilidad frecuente de su profesorado, sin consolidar su tarea, y los cierres de escuelas, después de no mucho tiempo en funcionamiento, por la imposibilidad material de seguir afrontando los gastos. Repetimos que es ésta una situación más propia de las pequeñas escuelas racionalistas que no conseguían concitar el apoyo económico-político de las llamadas fuerzas progresistas.

Y en tercer y último lugar, está el fundamental tema de la oposición frontal y represión de la derecha clerical hacia este movimiento escolar que quiere constituirse no sólo en una alternativa renovadora en el plano pedagógico frente a lo que ocurre en las escuelas públicas y la mayoría de las privadas, sino también y sobre todo a la inculcación católica y sus efectos y al papel hegemónico que desempeñan, como ideología social-escolar, dichos grupos conservador-católicos. Es aquí, lógicamente, donde los problemas han de ser mayores. Lo que se ventila en el enfrentamiento entre unos y otros no es sólo una lucha por resquebrajar o mantener el control de la educación, son dos modelos de sociedad y de relaciones sociales contrapuestos, de ahí los duros enfrentamientos que tienen en los cierres de escuelas de 1909 su mejor manifestación; de nuevo en 1911 y 1926 para el caso de la Escuela Moderna de Valencia. Los efectos desastrosos que esos cierres gubernativos tienen sobre la labor educativa de las escuelas racionalistas son fácilmente imaginables, toda vez que lo menos que sucede es que pierden su matrícula escolar que se reparte por otras escuelas laicas o públicas, porque, además, por lo general, maestros racionalistas y a veces miembros de las Juntas directivas de las Sociedades que apoyan los centros pasan una temporada encarcelados. El caso de la Escuela Moderna de Valencia cuando es cerrada como conse-

(1) Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: *Estadística escolar de España en 1908*. Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico. Madrid, 1909. Tomo I, pp. 167-181.

cuencia de la huelga general de 1911 resulta ilustrativo de lo ahora dicho. Enfrentamientos, en fin, que no tenían en cuenta la implantación escolar cuantitativa de la oferta laico-racionalista (2), sino lo que de cuestionamiento de la hegemonía católica tiene su labor alternativa.

Estos tres grandes problemas, en sus diferentes aspectos, condicionarán de forma sustancial la emergencia, consolidación y desarrollo del movimiento escolar racionalista en el ámbito valenciano. Un movimiento que se caracterizaría en sus trazos fundamentales por las cuatro siguientes notas (3).

- Imbricación y apoyo de grupos masónicos, librepensadores y republicanos, vinculada al hecho de que la experiencia de la Escuela Moderna de Valencia se desarrolla como superposición a prácticas escolares laicas previas. En su nacimiento, la de Valencia, es acogida por la Primitiva Sociedad de Instrucción Laica, un grupo que gana su homogeneidad a partir de la presencia en él de librepensadores, masones y republicanos en sus diferentes corrientes. Colectivo cohesionado, además, por el objetivo común de consolidar en la ciudad un modelo escolar laico y alternativo desde las dos últimas décadas del siglo XIX, y que pervive de forma independiente cuando a partir de 1901 el blasquismo se marca como uno de sus más drásticos objetivos políticos la creación de una red escolar laica radicada en los diferentes Casinos del partido. Al crearse la Escuela Moderna, además de sus antiguos apoyos, contará con la ayuda y protección declarada del partido de Blasco Ibáñez, ofreciéndole, por ejemplo, una financiación paralela, vía subvenciones municipales a escuelas privadas en un Ayuntamiento que controlan los blasquistas, absolutamente necesaria para dotar al centro de una infraestructura pedagógica de mobiliario escolar y material didáctico renovador, y para contener los honorarios mensuales de los alumnos en cotas que garantizan una clientela popular y menos elitista, quizás, que la de la Escuela Moderna de Barcelona. Por su parte, la rama republicana escindida del blasquismo en 1903, que tiene a Rodrigo Soriano como su líder, no dudará en seguir los pasos de la Escuela Moderna de Valencia, creando ellos mismos en su Casino Central una escuela inspirada en los más ortodoxos y singularizantes principios del racionalismo escolar.

Cuando se trata de otras escuelas racionalistas instaladas fuera de la ciudad de Valencia, los apoyos se diversifican y enriquecen con el de las organizaciones obreras, caso de Cullera o Carlet por ejemplo; pero no falta, desde luego, el, por otra parte, necesario apoyo de los republicanos que tienen así ocasión de dar coherencia a proyectos escolares laicos previamente fracasados, como es el caso de Xàtiva o Pedralba. De manera general, al republicanismo valenciano el racionalismo le proporciona un modelo educativo coherente en su práctica pedagógica, sobre la base de coincidencias teóricas como el anticlericalismo, el positivismo o la fe en la ciencia y el progreso. Conseguirá así tener una red escolar propia con voluntad de alcanzar uniformidad en cuanto a prácticas y contenidos de orden pedagógico. Sin olvidar la rentabilidad político-social, traducible en votos, que su apoyo podía reportarle, cuando menos hasta la coyuntura 1910-1911.

- Consolidación de la renovación pedagógica desde una vertiente progresista. No puede decirse, en absoluto, que la creación de la Escuela Moderna de Valencia tenga que carac-

terizarse, en lo más sustancial, por la introducción de criterios renovadores de la práctica pedagógica desconocidos hasta ese momento en la ciudad. Criterios sin patria política concreta reclamados ya en el siglo anterior, a través de la defensa del valor pedagógico de las excursiones, paseos y visitas escolares o de la relativización del libro de texto (4); y practicados en centros vinculados a la Institución Libre de Enseñanza como la Institución para la Enseñanza de la Mujer (5). Por otra parte, un buen número de maestros y maestras de la escuela pública también tienen asumido con claridad lo inaplazable y conveniente de trabajar en una perspectiva de renovación pedagógica. En la Asamblea Pedagógica Regional de Primera Enseñanza que, coincidiendo con el IV Centenario de la creación de la Universidad, se celebra en 1902, entre otras conclusiones definitivas, se aprobó la reforma de la organización escolar mediante la graduación de las escuelas; unos edificios adecuados al uso a que se destinaban; disminución de la ratio profesor-alumno hasta dejarla en 1/50; defensa de la enseñanza activa y postergación del libro de texto; "carácter obligatorio" par los paseos, visitas, excursiones y colonias escolares; y supresión de los exámenes sustituidos por exposiciones escolares (6).

No obstante, tampoco era esta una situación generalizada, ni mucho menos, en la práctica educativa; sin olvidar que las declaraciones del magisterio público no pasaban de ser loables aspiraciones que se desintegraban en contacto con la dura realidad escolar de la oferta oficial. De hecho, el panorama estaba lejos de parecerse a un proceso de renovación pedagógica con voluntad de avanzar. La asunción que la Escuela Moderna hace de la filosofía en general de los principios pedagógicos renovadores que coetáneamente se desarrollan en Europa tiene una muy clara influencia en la labor de las escuelas laico-republicanas. Escuelas, hasta ese momento, huérfanas de una verdadera teoría pedagógica alternativa a la oficial, ancladas en la más esclerotizante de las rutinas y ajenas a toda veleidad reformadora de la práctica escolar. El impulso dinamizador que reciben con la mediación de la práctica racionalista es notable en la mayor parte de esos centros, que se lanzan a mejorar sus locales, su mobiliario y material escolar para facilitar una enseñanza más activa, y, en menor medida, sus prácticas y contenidos curriculares. En esa perspectiva, puede asegurarse con certeza que la escuela Moderna de Valencia contribuye eficazmente a la consolidación de una apreciable renovación pedagógica desde una vertiente ideológica más progresista, de la que, además de los aspectos ahora citados, la defensa y puesta en práctica de la coeducación, que desafía los más acendrados principios del conservadurismo clerical, sería una de sus más importantes manifestaciones.

- Una nota que también singulariza con claridad el movimiento escolar racionalista en el País Valenciano es su participación y presencia en la vida socio-política. Actividades que manifiestan esa voluntad de contribuir al cambio social en todas sus facetas son, por ejemplo, la incansable actividad que despliega el primer director de la escuela Moderna de Valencia, hasta que es desterrado en 1909, Samuel Torner, en favor de la libertad de los presos anarquistas por los sucesos de Jérez en 1903, encarcelados en el penal de San Miguel de los Reyes. Las conferencias de propaganda en

(2) Las cifras son elocuentes. En la provincia de Alicante existe una escuela laica frente a noventa y una católicas; en la de Castellón son dos frente a setenta y nueve; y en la de Valencia, laico-racionalistas, son dieciocho frente a ciento diecinueve. Cfr. Idem.

(3) Un desarrollo más completo de todo lo aquí señalado puede encontrarse en nuestros trabajos: *La Escuela Moderna de Valencia*. Ed. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana. Valencia, 1989 y *Las Escuelas Racionalistas en el País Valenciano*. Cuadernos del Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación de la Universidad de Valencia, serie Minor. Valencia, 1990.

(4) Valga como ejemplo, la postura de un hombre profundamente conservador, crítico de la Institución Libre de Enseñanza, como el profesor de la Escuela Normal de Valencia, Prudencio Solís, en el Congreso Pedagógico de 1882. Cfr. Oliveros y Monreno, Luis: *Congreso Nacional Pedagógico. Nuestras cuartillas*. Establecimiento Tipográfico de Olea, Cádiz, 1882, p. 41.

(5) A los pocos años de su inauguración, y a partir de 1885, las excursiones a el Grao, Cabañal, Torrente, Manises, la Albufera, Paterna, Buñol y otras poblaciones para visitar almacenes, molinos, fábricas, dragas, monumentos artísticos, etc., constituyen una de las actividades importantes en su tarea educadora. Cfr. Vgr. Oliver, Juan A.: *Institución para la Enseñanza de la Mujer. Memoria del Curso de 1891 a 1892*. Imprenta de Francisco Vives Mora, Valencia, s.a. pp. 13-14.

(6) Giner San Antonio, Manuel: *Crónica del IV Centenario de la Fundación de la Universidad de Valencia*. Imprenta Doménech, Valencia, 106. pp. 81-83

sociedades obreras de la ciudad y del país que celebran el mismo Torner y su sucesor José Casasola. La presencia de los maestros racionalistas de la ciudad en foros de discusión educativa como la Asamblea Pedagógica de 1909. Su decantamiento claro y público por los republicanos en las elecciones municipales de diciembre de ese mismo año. La colaboración con las organizaciones obreras anarquistas y socialistas, a veces, para crear escuelas racionalistas en Cullera, los poblados marítimos de Valencia o Carlet. Y, por último, su proyección pedagógico-política a través de un semanario de gran tirada y difusión como fue *Escuela Moderna* (1910-1911), portavoz del librepensamiento, anticlericalismo o el societarismo, reflejo ideológico de sus grupos de apoyo.

- La última nota que viene a caracterizar el movimiento de la Escuela Moderna en el País Valenciano, la constituye su expansividad, acentuada a partir de 1910 con la creación del grupo Juventud Racionalista que entre sus objetivos fija el de crear el ambiente favorable para la difusión del pensamiento racionalista —en la dinámica histórica de ese momento caracterizada por el agudo enfrentamiento entre clericales y anticlericales— y, en su caso, la creación de nuevas Escuelas Modernas. Esa expansividad, que es consustancial al movimiento escolar racionalista en general y a la Escuela Moderna de Valencia en particular porque en ello le va su propia subsistencia como tal alternativa pedagógico-política, explica el celo de los sucesivos directores de la Escuela trabajando en esa línea, y justifica el que además de

la escuela central de la plaza de Pellicers, en la ciudad se inaugure en 1910 una sucursal, funcionen desde 1908 la escuela racionalista de los sorianistas, la de la Unión Obrera del Puerto creada y sostenida con enorme esfuerzo de las organizaciones obreras de los poblados marítimos, y existan escuelas seguidoras del modelo representado por la escuela Moderna, entre 1908 y 1931, en Buñol dirigida por Manuel Villa; en Xàtiva, "Escuela Laplace" que dirige José Casasola una vez abandona la central; en Alcoy, donde trabajará Antonia Maymón durante la dictadura; en Carlet, la "Escuela Nueva" a cargo de un destacado maestro racionalista como Albano Rosell, patrocinada por el Centro de Educación Popular y subvencionada por el Centro republicano y el Sindicato Unico; en Elda, donde la escuela estará a cargo de maestros tan relevantes como José Alberola, Eusebio Carbó y Fortunato Barthe; en San Vicente del Raspeig, creada por un grupo de diez obreros de la localidad y clausurada después de la Semana Trágica en Alicante, sobre la base del antiguo Colegio laico "La Paz" que fundará a finales del XIX el masón Juan Cabot y Cahué; en Cullera, la "Escuela Libre" que sostiene la Unión Agrícola Obrera; en Villen, con el sostén del Centro Obrero; en Burriana, auspiciada por las sociedades obreras de la localidad; en Pedralba, dirigida por Leopoldo Quiles, y sostenida por la Sociedad de Socorros Mútuos local; también y con más o menos continuidad en Alzira, Alberique, Benaguacil, Algimia de Alfara, Vall d'Uxó y Catarroja.